



MARÍA CECILIA BARALE

El misterio de la casa naranja


azulejos

Ilustración de ROMINA PEREYRA

El misterio de la casa naranja

María Cecilia Barale

ILUSTRACIÓN DE TAPA
DE ROMINA PEREYRA

 | estrada
Seguimos haciendo historia


azulejos

Coordinadora de literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Diseñadora: Ana G. Sánchez

Ilustración de tapa: Romina Pereyra

Barale, Maria Cecilia

El misterio de la casa naranja / Maria Cecilia Barale ; Ilustrado por Romina Pereyra. - 1a ed - Boulogne : Estrada, 2024.
152 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos rojos ; 82)

ISBN 978-950-01-3360-9

1. Literatura. I. Pereyra, Romina, ilus. II. Título.
CDD A860.9283



Colección Azulejos - Serie Roja

82

© Editorial Estrada S. A., 2024

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-01-3360-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



En caso de deshacerse de este producto, por favor, recicle el papel.

Primera edición.

Esta obra se terminó de imprimir en xxxxxxxx de 2024, XXXXXXXX

Colofón (cuando corresponda)



LA AUTORA
Y LA OBRA

BIO-
GRAFÍA



MARÍA CECILIA BARALE nació en mayo de 1977 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es escritora y trabajó en el área de la enseñanza y la traducción del idioma inglés.

Participó de varios talleres literarios entre los que se destacan los dictados por Natalia Méndez, Verónica Chamorro y Florencia Gattari.

Realizó varios cursos sobre Historia Contemporánea e Historia de Medio Oriente.

En 2023 se publicó su primer cuento para niños “La vuelta en luciérnaga”. En su blog escribe cuentos y textos de actualidad. Tiene publicadas dos novelas para adultos, *El coleccionista* y *El último aullido del lobo*.

El misterio de la casa naranja es su primera novela para jóvenes y resultó ganadora del concurso “Más que lectura” 2023-2024.

Actualmente vive en Quilmes con su familia.



La novela de misterio y la novela policial

La **novela de misterio** puede definirse a partir del efecto que provoca en el lector: temor e incertidumbre acerca del devenir de los acontecimientos que se narran, enfocados siempre en la resolución de algún hecho que resulte oscuro o inexplicable. Suele decirse que son novelas para leer “en el borde de la silla”, porque como lectores estamos expectantes y a la vez temerosos de que algo terrible suceda. Para lograr este efecto, la temática de la ficción debe incluir elementos tenebrosos, extraños o fantásticos. Muchas veces estos sucesos quedan abiertos a más de una posible interpretación.

En las novelas de misterio suele aparecer la tradición popular de la oralidad: historias que se cuentan y se han escuchado, leyendas urbanas y relatos transmitidos de boca en boca. Casas abandonadas, desapariciones repentinas, sucesos extraños y sin explicación alimentan la fantasía popular y colectiva que cree ver, oír o intuir algo más de lo que parece evidente.

La **novela policial** surge a mediados del siglo XIX, aunque podría haber novelas de características similares anteriores a esa fecha. Toma elementos del misterio y del *suspense*, pero tiene ciertas características específicas. Por ejemplo, el protagonista es un detective (o cumple un rol similar) que debe resolver un crimen y a lo largo de la novela va investigando y recolectando pistas para la resolución del caso. En este tipo de novelas, el pacto de lectura exige que el narrador y el lector tengan la misma información, es decir, quien cuenta la historia no puede “guardarse un as en la manga” y ocultar pistas al lector. Tampoco puede ser un narrador omnisciente, porque en ese caso sabría todo lo que ocurrió y arruinaría la intriga. Además, la novela policial exige la resolución del caso en el final del relato sin apelar a soluciones fantásticas o explicaciones sobrenaturales. El género policial puede considerarse como una narrativa en busca de la verdad de los hechos.

Más allá de las clasificaciones, siempre posteriores a la escritura, en la literatura los textos asumen características variadas y a veces los géneros se mezclan. Así, varios géneros pueden convivir y combinarse en una misma novela.

El misterio de la casa naranja

María Cecilia Barale

Capítulo 1

Me cuesta respirar. Todo está oscuro. Estoy debajo de una mesa, pero no puedo ver nada. Detrás de mí, siento la rodilla de mi tía que se me clava en la espalda. Me doy vuelta para quejarme, pero no puedo hablar y mi tía no puede ver mi cara de pocos amigos. No quiero hacer ruido, así que no me queda otra que aguantarme la rodilla.

Nadie sabe que estamos aquí, en la casa naranja. Debajo de una mesa, en el primer piso. En una de las habitaciones donde por suerte había una mesa, nos agachamos y así pudimos escondernos. No sabemos mucho, solo que abajo hay alguien. Vimos que las luces se encendían y ya no tuvimos tiempo de salir. Apenas si llegamos a encontrar un lugar para refugiarnos. Si alguien sube, entra a esta habitación, enciende la luz y mira debajo de la mesa, nos va a ver. No hay ninguna duda de eso. Ustedes se preguntarán por qué entramos a una casa que no era la nuestra. Y, en todo caso, por qué no teníamos un plan para escaparnos. Un plan B.

Bueno, la respuesta es sencilla. La casa naranja está abandonada hace años... no voy a decir cientos de años porque sería una exageración, pero hace mucho. Serán quince o veinte años que nadie habita aquí. Así que plan B no

teníamos, porque no suponíamos que nadie iba a entrar a una casa abandonada e iba a andar encendiendo luces que supuestamente no deberían prenderse. ¿Qué lamparita aguanta tantos años? Ni idea.

En la casa naranja todo es raro. Pero lo más raro (y peligroso) es que no podemos hablar con mi tía para idear un plan para irnos de ahí. Así que estamos las dos en silencio, con las linternas apagadas. Cada una pensando (supongo) en un plan improvisado para escapar.

En este mismo momento, mi tía me está dando rodillazos en la espalda. No sé si lo hace sin querer o querrá comunicarse conmigo en clave morse de golpes. Sea lo que sea, tengo que contenerme para decirle que no me patee más.

Lo único que escucho es mi respiración y la de ella. Ni siquiera vamos al compás. Cuando yo inhalo, ella exhala y cuando ella inhala, yo exhalo.

Ay. Me está entrando más miedo todavía. La puerta de la habitación está abierta y la luz de la escalera se encendió. Se escuchan pasos. Mi tía me está golpeando la espalda con un dedo. Qué pesada, por dios. ¿Justo en este momento se le ocurre decirme algo? Siento que acerca su boca a mi oreja y susurra:

—Me estoy haciendo pis.

La miro y niego con la cabeza.

—Aguantá —le respondo casi en un suspiro y hago un gesto con las manos que ella no ve.

Los pasos se siguen escuchando.

Parece como si la escalera tuviera 543 peldaños. Por favor, ¿cuánto se puede tardar en subir una escalera?

Los tablones de madera crujen debajo de los pies de quien sea que esté subiendo. Pero el que está subiendo, parece no tener ganas de llegar nunca.

Voy a cerrar los ojos. Me parece que va a ser lo mejor. Voy a cerrar los ojos y contar hasta diez. Quizás cuando los abra me encuentre en la cama tapada con una frazada. Sí, esto tiene que ser una pesadilla.

“Emma, despertate”, pienso. Y cierro los ojos.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10.

Abro los ojos. A mi alrededor todo sigue oscuro. La rodilla de mi tía sigue clavada en mi espalda. Me parece escuchar que ella dice algo. Intenta decir una frase, pero yo lo único que llego a distinguir es la palabra “pis”.

Si esta mujer sigue diciendo eso, voy a terminar largando una carcajada. Sonríe con ese pensamiento y, por unos segunditos, el miedo se evapora.

Pero vuelve con más fuerza cuando los pasos dejan de escucharse en la escalera. Se están acercando a la habitación. Por un instante, otra vez el silencio. Todo parece detenerse. Ni siquiera se escuchan nuestras respiraciones. Hasta mi tía deja de repetir la palabra “pis”.

Al final, todo tiene su lado bueno.

De repente, la luz se enciende. Cierro los ojos, como si con eso pudiera lograr que la persona que acaba de aparecer allí no me viera.

Sí, ya sé que es todo lo contrario. Que si cierro los ojos la que no ve soy yo y quedo a merced de quien esté ahí.

Abro los ojos y me encorvo un poco para poder ver. La luz se volvió a apagar.

Pero mis ojos están acostumbrados a la oscuridad y puedo ver. Veo algo que no me gusta nada.

Reconozco de inmediato los zapatos. Son esos zapatos negros de charol con cordones color plata. Zapatos que no mucha gente usaría en verano. Unos pantalones marrones, color tronco de árbol. Horribles. Me esfuerzo un poco más. El cuello me está empezando a doler. Pero lo logro y veo una remera blanca con un corazón rosado en el medio.

Vuelvo a mi posición original. Giro la cabeza hacia atrás. Y lo veo. Veo unos zapatos negros de charol con cordones color plata. Unos pantalones color tronco de árbol. Una remera blanca con un corazón rosado en el medio.

Y entonces caigo. Por fin me doy cuenta.

Es mi tía.

Sí, la tía que tengo atrás, todavía clavándome la rodilla en la espalda. Esa tía, de alguna manera inexplicable, está delante de mí y también detrás.

Vuelvo a cerrar los ojos. Me pellizco.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10. Ahora sí, ahora me voy a despertar.

Abro los ojos.

Sigo debajo de la mesa. Con mi tía detrás. Y mi tía delante.

—Emma, Emma —susurra mi segunda tía. O la que recién

entró por la puerta—. Si estás acá, aparecé, que me estás dando un susto de muerte.

Claro. Mi tía, la que de pronto parece que sabe desdoblarse y estar en dos lugares a la vez, dice que mis actitudes le dan miedo.

Yo no digo nada. Miro a mi otra tía, la que está atrás. Se encoge de hombros.

Si yo me viera a mí misma entrando por una puerta, mi actitud no sería justamente la de encogerme de hombros. Pero cada quien se maneja como puede, diría mi mamá.

—Emmaaaaaaaaaaaaaa... —vuelve a decir mi segunda tía y alarga la última vocal, como hace cada vez que se está poniendo nerviosa.

Los zapatos de charol se acercan. Hacen un ruidito bastante molesto cada vez que tocan el suelo de madera. Se detienen frente a la mesa.

Estoy a punto de volver a contar hasta diez. Pero ya me parece inútil. Esto no es un sueño.

Los pantalones color tronco de árbol comienzan a agacharse. Parece que todo sucede en cámara lenta.

Cuando termina de agacharse, mi segunda tía me mira fijo. Parece que va a retarme cuando desvía la mirada, pero pega un grito agudo y muy molesto. Y, todavía agachada, pierde el equilibrio y cae hacia atrás.

La tía que está detrás no se sorprende, o al menos no lo demuestra. Sale de abajo de la mesa y pasa por al lado de sí misma. O de la otra mujer.

La mira. O se mira, ya no lo sé muy bien. Pasa por sobre ella y se va corriendo. Mi otra tía se concentra en mí, e ignora a la persona que casi le pasa por arriba.

Antes de salir, gira y me dice:

—Lo siento. Pero me estoy haciendo pis.

Y desaparece también por la puerta.

Capítulo 2

Nunca me gustaron las historias de detectives. Y eso es un problema enorme para mí. Porque soy la ayudante de mi tía. Y, como seguramente ya están suponiendo, mi tía es detective.

Por suerte, solamente me toca ayudarla en los veranos, que es cuando mi mamá me manda a su casa por dos meses. Mi mamá es cantante y hace temporada en los cruces, de fines de diciembre a marzo. La tía con la que me quedo es la hermana gemela de mi mamá. Así que, si lo que quieren saber es si la extraño esos meses... no, para nada. Es como si esos meses estuviera con mamá. Hablan igual, se mueven igual, piensan igual. Lo único que las diferencia, por suerte, es la ropa. A mi tía le encanta andar de pantalones (largos, cortos, lo que sea) y a mi mamá es muy, muy difícil verla sin una pollera. Y el pelo, también el pelo. Mi mamá lo tiene por los hombros y de un rubio que no la favorece mucho, y mi tía por la cintura y castaño claro.

Cuando eran chiquitas, mi abuela las vestía idénticas. Mismo peinado, misma ropa y hasta mismo color de colitas de pelo. Algo que yo nunca entendí. ¿Por qué les parecía normal que dos personas se vistieran con el mismo vestidito rosa de puntillas, los mismos zapatos y las mismas

medias? Si ya eran iguales, ¿qué necesidad de que fueran más iguales todavía?

Pero la diferencia más grande entre mi mamá y mi tía era otra. Mamá cantaba como los dioses y mi tía... bueno, mi tía era una muy buena investigadora.

Mamá siempre me decía que tener una hermana gemela es especial. No es lo mismo que tener, simplemente, una hermana. Me hablaba de una conexión, de saber siempre, siempre, siempre lo que le pasa a tu gemela. A veces yo me reía de eso, porque de repente mamá decía “Mi hermana se siente mal”. Y corría al teléfono y la llamaba. Pero mi tía estaba durmiendo la siesta y no estaba ni enterada de que se sentía mal. Y mamá insistía. “Si yo te digo que se siente mal, se siente mal. Eso lo siento acá y no falla nunca”, respondía ella y se tocaba en el medio de la panza.

Yo no sabría decirles, porque no tengo hermano ni hermana gemela ni melliza. Ni siquiera un hermano o hermana que me lleve muchos años. Soy hija única. Y sobrina única. Y nieta única. Tremenda diversión.

Piensen en Navidad. ¿Están recordando, acaso, sus fiestas llenas de gente y de chicos, con árboles enormes, llenos de adornos y Papás Noeles cantarines por toda la casa? Mmmm... Bueno, no. Les comento que mis navidades consisten en lo siguiente: una mesa larga, con aproximadamente veinticinco adultos y yo. Muchas bandejas con comida. Y dos o tres pelotitas doradas o rojas (según las que hayamos encontrado primero) en un helecho. Ahí, en ese helecho que

cada vez tiene menos hojas, Papá Noel tiene que dejarme un regalo. Porque es mi arbolito de Navidad. En el resto de la casa ni siquiera una guirnalda pelada, o un pinito de papel. Nada. Las tres bochas en el helecho son toda la decoración que acepta mi familia para la Navidad. Y para colmo de males (sí, acá todavía no termina la cosa) mi cumpleaños cae en Navidad. O sea, esa mesa larga llena de adultos, festeja Navidad y mi cumpleaños todo en una misma cena. De terror.

Si están sintiendo un poco de lástima por mí, lo bien que hacen. Porque la verdad es que ni siquiera es que son un grupo de adultos mega divertidos. No. No, nop, súper no. De lo único que hablan es de política y si alguno de los invitados se separó, dejan caer comentarios del estilo que se veía venir y esas cosas. Como están pensando, aburrimiento al por mayor.

Lo único bueno de la Navidad (aparte del regalo, porque encima se unifican los dos festejos y solo me hacen un regalo por cabeza) es que marca, para mí, la finalización del año. El 26 de diciembre me voy con mi tía al pueblo donde vivió mi mamá toda su niñez. Y ya no vuelvo hasta fines de febrero o principios de marzo, dependiendo de cuándo empiecen las clases.

Por suerte, este año me habían dejado llevar el teléfono celular y podría estar comunicada con mis amigas. No quisiera tener que contarles que he pasado veranos enteros sin noticias de ellas.

Lo importante es que, pasada la Navidad, me iba. Y las vacaciones eran vacaciones, no lo voy a negar, pero... todo tiene su pero, ¿no? Ir de mi tía era divertido, aunque el verano anterior me había dado la sensación de que lo idealizaba un poco en los inviernos cuando estaba lejos.

Mi mamá me decía que eran cosas que me pasaban porque me estaba haciendo más grande y ya quería pasar más tiempo con mis amigos que con mi familia.

Mi abuela se había mudado a Santa Fe unos meses atrás. Mi tía era la única pariente que quedaba en el pueblo. Así que el verano iba a ser algo diferente. Mi mamá decía que mi tía extrañaba mucho a la abuela, así que sentía la obligación de no fallarle a mi tía justo ese verano.

La cosa es que cuando me fui ese 26 de diciembre, no tenía ni idea de todas las cosas que iban a ocurrir. Fueron unas vacaciones increíbles. Increíbles en todo sentido.

Yo no tenía unas ganas locas de irme ese verano. Varias de mis amigas se iban a quedar en la ciudad y ya estaban haciendo planes. Me tentaba la idea de quedarme, pero sabía que era imposible. Mi mamá se iba a cantar, mi papá la acompañaba. Si no iba con mi tía, me tenía que quedar sola. Y eso era imposible. Aunque en un momento pensé en tirarle la onda a mi mamá, sabía que la respuesta era un NO con mayúsculas, subrayado, en negrita y con una nube de *glitter* alrededor. Y me dije a mí misma que no tenía sentido hacerla enojar si igualmente no la iba a hacer cambiar de opinión.

El misterio de la casa naranja

María Cecilia Barale

Emma pasa las vacaciones de verano en casa de su tía Mariela, una detective que vive en un pueblo. Allí, casi por casualidad, se entera de la existencia de la casa naranja. Con la repentina desaparición de su tía, Emma se ve obligada a investigar. Entonces decide entrar en aquella misteriosa mansión. Y todo cambia.

EPB5000029

ISBN 978-950-01-3360-9



9 789500 133609 >



macmillan
education



estrada

Seguimos haciendo historia